

geofísicamente la profundidad en la que podían hallarse los restos, y dijimos: podemos meter una excavadora para que, por los menos, nos baje 1.50 metros; a partir de ahí seguimos nosotros a mano. Al inicio, la gente creía que era llegar a la pista de Vallegrande y ya. Teníamos que jugarla ese fin de semana”.

EL HALLAZGO

—¡Para, para!, le ordena Jorge González al operador de la retroexcavadora.

Son pasadas las nueve de la mañana del 28 de junio de 1997. La noche anterior, el Jefe de Seguridad del Estado les recordó a los cubanos que tenían dos días para concluir la exploración.

—¡Soto, baja, baja! ¡Allí, allí!, insiste el médico legista, casi petrificado, al ver el primer indicio de un esqueleto.

—¿Qué cosa es allí?, le pregunta Héctor.

—Un radio, un radio, le dice Jorge con la vista en el hueso.

—Un cúbito, un cúbito, discrepa el antropólogo, quien miraba hacia otro punto de la fosa común por fin encontrada.

A Jorge y Héctor el alma al cuerpo les viene. El secreto militar sobre el paradero de los restos del Che vuela en pedazos.

“Aquellos primeros huesos pertenecían a Aniceto Reinaga”, añade Soto, quien junto a los científicos de la isla laboran del 28 de junio al 4 de julio en el desenterramiento, también con la cooperación de los antropólogos argentinos, reincorporados a solicitud de Cuba.

En total son siete las osamentas, numeradas en orden de aparición; la de Guevara resulta la segunda.

“Yo estaba excavando allá abajo y veo una

chaqueta verde olivo; al Che lo habían enterrado con una —apunta Héctor—. Lo primero que buscamos fue si tenía manos o no. Ese cadáver no tenía. Es cuando Jorge me hace una pregunta en clave desde arriba y le digo: ‘positivo el interesado’. Sabíamos que el único cuerpo sepultado sin manos era el del Che”.

Decían que había una bomba en la fosa para evitar que alguien desenterrara su cadáver, alega este reportero.

“Había la información de que posiblemente la fosa estuviera dinamitada. Y dije: ‘Denme un bisturí y quítense del lado mío. Si vuelo, vuelo yo solo’. Cogí con el bisturí y le di un corte a la chaqueta. Lo que había allá abajo no era metal, era un cráneo”.

Gracias a la incisión, el científico introduce su mano y comprueba el gran desarrollo de la frente y de los arcos supraorbitarios del cráneo, característico del Guerrillero Heroico.

Uno de los argentinos, Alejandro Incháurregui ha contado la reacción de su colega Soto cuando levantaron la chaqueta del Che. El cubano permanecía absorto.

—¿Qué te pasa? Dale, ponete las pilas, lo anima Alejandro.

Apenas se escucha la lluvia de flashes en el borde de la fosa.

—No lo puedo tocar, se excusa Héctor.

Transcurren unos segundos. Ya de frente a los restos y en gesto de reverencia, Soto se coloca una mano detrás de su cuerpo y se inclina. Solo después puede continuar.

Observa, además, una bolsita con la picadura de la cachimba y residuos del yeso de la mascarilla mortuoria realizada al Che, pegados a la chaqueta, aún con olor a formol.

“Desde el punto de vista morfológico y odontológico, yo tenía casi el 99.9 de papeleta de que era el Che —expresa cubanamente—. Pero eso no basta en este tipo de trabajo”, reconoce.

CERTEZAS

Seis de julio. Hospital Japonés, en Santa Cruz de la Sierra. Soto coge entre sus manos una fotografía de la cara de Guevara; en la pantalla de la computadora, el cráneo y el rostro del legendario héroe. Con el empleo del programa Suprafot, capaz de superponer y comparar imágenes, establece la total coincidencia.

Por unos segundos, pone a descansar los espejuelos a orillas del teclado. Aún falta mucho por verificar. En la morgue del hospital, se encuentra el resto de los expertos cubanos y argentinos dedicados, también, a la identificación de los esqueletos.

Para los estudios odontológicos del Che, cuentan con una radiografía dental practicada a él en México en la década de los 50 del siglo anterior, y el molde de la dentadura implantada al Comandante por el doctor Luis García Gutiérrez (Fisín) para cambiar su fisonomía al salir de Cuba. La analogía es irrefutable. “Por ahí se iba la identificación; independientemente de que después se hiciera el ADN. Hablo de esto porque hace unos años estaba el runrún de que si no eran sus restos, que si era una farsa. La identificación de los restos del Che no fue una farsa”, sostiene.

Diez años más tarde, Cuba ratifica la identidad plena de la osamenta del héroe mediante las técnicas de ADN, incluido el establecimiento de la paternidad en dos de sus hijos, resultados que constan en un dictamen emitido en noviembre de 1997.

“El hallazgo fue un logro de la ciencia cubana, de muchas instituciones y personas. Fue una alegría científica; pero un dolor enorme también, porque esa persona que estábamos identificando, trabajando, palpándola, es un ícono de la humanidad. ¿Ven esto? Esos huesos del Che fueron estudiados por mis manos”.

¿No desconfiaron de que alguien intentara desaparecer los restos?

“No confiábamos en nadie. Los días que estuvimos en la morgue del Hospital Japonés dormimos junto con los esqueletos; no nos fuimos a un hotel, ni a una casa. Estuvimos ahí hasta que los restos se trasladaron a Cuba”.

“Incluso, miren esta casa de campaña; está pegada a la fosa del hallazgo. Ahí nos quedamos uno o dos todas las noches, hasta el día de la exhumación. Eso lo hacíamos cada vez que había un hallazgo en cualquier lugar, no porque eran los restos del Che”.

Posterior a este descubrimiento, prosiguen la búsqueda y la identificación de otros combatientes de la guerrilla en Bolivia. Cinco, de los 36 caídos no se han encontrado aún: el cubano Jesús Suárez Gayol (El Rubio) y cuatro bolivianos.

Hoy, con sus 67 años, Soto habla de la llamada que recibió a fines de 1995 en Montevideo, Uruguay, donde impartía conferencias, para anunciarle una misión sin par. Desde entonces, quizás, más de una vez recordara la imagen de Mario Terán dando un paso atrás, hacia el umbral de la puerta de la escuela de La Higuera. “Póngase sereno y apunte bien, usted va a matar a un hombre”, le había advertido el Che, segundos antes. El sargento boliviano aprieta el arma entre sus manos. Y cierra los ojos.



Ernesto Guevara de la Serna

Encontrado en junio de 1997 (pista aérea antigua de Vallegrande)






Infografías: Multimedia Escambray

INTEGRANTES DE LA GUERRILLA



Total: 52
Caídos: 36
Encontrados: 31
No encontrados: 5

COMPOSICIÓN DE LA GUERRILLA

 Cuba: 17	 Argentina: 1
 Bolivia: 28	 Francia: 1
 Perú: 3	Doble nacionalidad: 2

GUERRILLEROS ENCONTRADOS (1996-1997)

12-12-1996 (Cañada del Arroyo)



Jaime Arana Campero (Chapaco)



Lucio Edilberto Galván Hidalgo (Eustaquio)



Francisco Huanca Flores (Pablo o Pablito)

21-06-1996 (Laguna Seca, Tejería)



Carlos Coello Coello (Tuma)

15-03-1996 (Cañada del Arroyo)



Octavio de la Concepción y de la Pedraja (Moro, Morogoro y Muganga)

Junio-julio de 1997 (pista aérea antigua de Vallegrande)



Aniceto Reinaga (Aniceto)



René Martínez Tamayo (Arturo)



Orlando Pantoja Tamayo (Olo)



Simeón Cuba Sanabria (Willy)



Juan Pablo Chang (El Chino)



Alberto Fernández Montes de Oca (Pacho)

GUERRILLEROS NO ENCONTRADOS

- Jesús Suárez Gayol (El Rubio). Murió el 10-04-1967 en el combate del río Ñancahuazú en la desembocadura del río Tacuaral.
- Benjamín Coronado Córdova (Benjamín). Ahogado en el río Ñancahuazú el 26-02-1967.
- Lorgio Vaca Marchetti (Carlos). Ahogado en Río Grande el 16-03-1967.
- Jorge Vázquez Viana (Loro). Asesinado el 29-04-1967 y lanzado en un lugar de la selva.
- Raúl Quispaya Choque (Raúl). Cayó en el combate del río Rosita el 30-07-1967. Afirman que su cadáver fue llevado a Santa Cruz de la Sierra y enterrado en un sitio cubierto hoy por la ampliación posterior de la ciudad.